

Han, Byung-Chul (2023): *La crisis de la narración*. Herder Editorial, Madrid, 112pp.

Susana Bellón Rey

Universidad de Santiago de Compostela <https://dx.doi.org/10.5209/resf.100896>

Recibido: 12/02/2025 • Aceptado: 17/02/2025

Si por algo es conocido el ensayista surcoreano Byung-Chul Han, es por su gran capacidad prolífica de escritura, con la que se ha granjeado una gran fama como autor divulgativo de una disciplina, la filosofía, que sólo ahora parece ser rescatada de su olvido, desempolvada y vuelta a ser prestigiada, para pasar a ocupar los estantes de nuestras librerías y bibliotecas. En efecto, el intelectual ha contribuido en gran medida al renacer de este conocimiento humanístico, en tanto que cuenta con más de una quincena de libros publicados originalmente en alemán y que han sido traducidos a múltiples idiomas, entre ellos el castellano. Y, aunque Han está doctorado en Heidegger –filósofo del que, sin ninguna duda, se escuchan ecos a lo largo de todos sus textos–, sus escritos trascienden la fenomenología de su maestro alemán y abordan distintas cuestiones de gran relevancia contemporánea, si bien se hallan casi siempre circunscritas a las coyunturas que se enfrenta la sociedad consumista de la información actual.

En el caso de *La crisis de la narración*, este breve ensayo expone el statu quo de la literatura contemporánea, que habría caído en lo que Han describe como un vacío narrativo. Así pues, el filósofo reflexiona a lo largo de 10 capítulos –precedidos a su vez por un pequeño prólogo– acerca de cómo las historias están siendo atrapadas por la red del capitalismo consumista, lo que las ha llevado a perder su carácter originario, en virtud del cual creaban comunidad a través de su facultad comunicativa. Según el autor, la humanidad posmoderna y digital habría olvidado la importancia de la cultura y su papel como base enriquecedora de nuestra existencia, todo lo cual Han denomina heideggerianamente como el “ser”, que en este caso se ve encarnado en la palabra literaria. Por referirlo en términos del recientemente galardonado Nuccio Ordine –Premio Princesa de Asturias 2023 en Comunicación y Humanidades–, al que Han parecería querer remitir, el surcoreano daría cuenta a lo largo de sus escasas 100 páginas de este *olvido del ser*, es decir, del estado de abandono que sufren las narrativas en las sociedades de la inmediatez consumista que las considera inútiles; todo ello en un intento por vindicar su valor en aras de lograr un cambio al respecto en la opinión social.

Adentrándonos en el prólogo, podemos ver cómo Han se encarga de enmarcar teóricamente la cuestión a desarrollar, establece una clara distinción entre la narración tradicional y el *storytelling* que está tan de vanguardia y que nos ha desplazado a una nueva etapa: la “era posnarrativa” (2023, p. 11), cuyo rasgo principal es el de convertir cualquier acontecimiento vital en algo digno de ser *contado* –en el sentido de *cuantificarlo*–, sustituyendo con esta nueva ritualización de la realidad la previa tradición de las historias *narradas*. Quizás otro modo a través del cual comprender esta noción que Han plantea por medio de un juego de palabras sería pensar en que, en las últimas décadas, han surgido nuevas formas de narración de la realidad, como muestra el caso paradigmático de las redes sociales: a través de representaciones instantáneas, los *individuos* de la sociedad digital –que no *comunidad*– comparten retazos de su día a día, de manera que sus *seguidores* –que *ponderan* el éxito de los primeros– puedan reconstruir la historia que hay detrás de la vida de aquellos.

Sin embargo, Han se encuentra lejos de pensar que estas reconfiguraciones se puedan constituir como narraciones, precisamente porque su interior es pobre y vacío. Esto se debe a que el citado cambio de época nos ha llevado a sustituir la narración por la *información*, como analiza el surcoreano en el primer capítulo del libro, de la mano de Walter Benjamin. Es por eso que, siguiendo con el ejemplo de las redes sociales, vemos que cada individuo se vuelve un puro consumidor de un producto –la vida– que es previamente vendido por otro. No hablamos entonces de literatura, de la capacidad humana de contar ni de su

consecuente y esperada escucha, pues, se puede concluir que se ha perdido todo carácter paciente que configuraba el mundo de la comunicación. En efecto, en el segundo capítulo de la obra Han apunta cómo no hay una espera contemplativa en las historias, un aguardar por la revelación paulatina del enigma, pues todo esto se ha perdido –o suprimido, nos planteamos ahora–, igual que el afán de descubrir(se) en la lectura. Por el contrario, ahora el individuo posnarrativo busca satisfacer sus deseos en la urgencia de un “ya” que no considera la espera como posibilidad, hasta el punto de que incluso el desarrollo o construcción de una narrativa a corto o medio plazo provoca la pérdida absoluta de interés. El lector de la realidad no quiere posar ni pasear su mirada por la palabra literaria, pues el exceso de información consumible ha causado que no haya lugar posible para el procesamiento, asimilación o interpretación de lo leído, pues ya todo ha sido reproducido –que no verdaderamente *explicado*– de forma inmediata, lo que da cuenta de esta política de la cancelación de la demora.

Sería por estos motivos que Han entiende que estamos sujetos al control de una sociedad de la afirmación, subordinados a un sistema que *comparte* de modo absoluto quién somos o quién queremos ser. Este régimen de la información sólo publicita un consumo acrítico cada vez mayor, que desgraciadamente lleva a una pérdida de sabiduría e historia, de identidad y vida; en resumen, a una inconsistencia que nos deja como única alternativa la supervivencia, en un mundo en el que tampoco nos es posible aferrarnos a la esperanza, precisamente porque *ya* todo es calculabilidad. El *phono sapiens*, como denomina Han al individuo posmoderno a lo largo del capítulo 3, antepone lo cuantitativo a lo cualitativo, pues vive inmerso en una metafísica de la imagen y la visión, sometido a un consumo visual que adopta la forma de un *patch-work* de imágenes para crear un *horror vacui* absoluto, por si acaso hubiera alguna rendija por la que se pudiera colar la posibilidad de razonar, de escuchar lo que la palabra o el silencio nos tengan que decir. Es así que se pierde toda facultad de juego de y en la literatura, que se ve ahora sustituida por un control revestido de libertad, propio de las sociedades neoliberales actuales; temática que nos remite a *Psicopolítica*, otro de los estudios publicados por Han.

Por todo ello, quizás el rol más importante que cumple la narración en nuestra vida es, según Han, el dotarla de sentido, pues el texto literario es capaz de aunar las distintas dimensiones temporales creando una sensación de (com)unidad, de unión y construcción de la historia de un mundo del que aún formamos parte. En línea con esto, a lo largo de los capítulos 4 y 5, apoyado de Sartre y de su apática *Náusea*, así como de un breve relato de Peter Maar, Han determina que la narración viene acompañada del recuerdo, siendo esta la manera de proteger el pasado, la continuidad en un mundo que trata de interrumpir a cada momento la experiencia vital y, por ende, la interioridad de cada subjetividad. La narración supone la suspensión de la temporalidad inmediata, de la contingencia y facticidad vitales, lo que logra mediante la búsqueda de lo inexplicable, aquello que podemos tratar de contemplar –pero nunca asir– en la mirada instantánea y acumulativa del individuo moderno; precisamente porque, en último término, lo indescriptible es aquel misterio que cuenta con la capacidad aristotélica de asombrarnos, y de ahí que sea definido como lo que precisa ser narrado.

A partir de este punto del libro, el ritmo de exposición de las tesis principales decelera, como si Han se quedara sin reflexiones que compartir, siendo ese el motivo por el que el protagonismo pasa a ser de grandes autores, libros y conceptos, desde Platón al *Momo* de Michael Ende, pasando por el *cogito* cartesiano. Como resultado, el autor reitera –como es propio de la época de la reproductibilidad técnica– ideas ya comentadas, sin tampoco aportar nuevos matices, en una acumulación de nombres propios, conceptos y referencias sobradamente conocidas. De este modo, en el capítulo 6 el intelectual estudia brevemente los juicios del gusto posnarrativos –que carecerían de ese *shock* que hemos decidido interpretar, libremente, como referido al asombro aristotélico–; esto es, aquellas valoraciones que se limitan a ser puros tecleos que señalan algo como objeto de gusto –o, más directa y literalmente, una simple afirmación de “me gusta”–. Tras esto, en las secciones 7 y 8 analiza las consecuencias que entraña la crisis de la narración para nuestra disciplina. Según deja entrever el heideggeriano, la llegada imparable de la burocracia y la digitalización de la realidad estarían provocando un debilitamiento de la filosofía, que padecería una enfermedad cuya única cura pasaría por rescatar la narración y, con ella, la competencia imaginativa. En un tono algo nostálgico de las grandes épocas de desarrollo filosófico, y apelando a Freud, Nietzsche o Hannah Arendt, Byung-Chul Han incentiva al lector a recuperar su mirada y volverla al pasado para salvaguardarlo, lo que exigiría alejarse de la publicidad y del *storytelling* que se limitan a vender un *producto* consumible, en lugar de un *bien* cultural.

Casi como colofón del ensayo, el penúltimo capítulo insiste de nuevo en la idea de que la narración genera cohesión de los tiempos y las personas, que dejan de ser esos individuos aislados que en la “narrativa” neoliberal se ven obligados a competir entre sí, como rivales. En este sentido, la obra recuerda a *La sociedad del espectáculo* (1967) de Guy Debord, pues especialmente en este punto parece sugerirse que el papel social de la imagen –siempre construida– es cada vez mayor, en una cultura –o quizás debiera hablarse de un individualismo universalizado– donde el centro está en la economía y el fetichismo de la mercancía, de aquel artículo que trata de imponerse de cada vez como si fuera la única creación existente, y no una réplica más entre otras. A su vez, la exposición de esta tesis, que también remite a una sociedad

cada vez más narcisista y cansada de la narración –e incluso de la información–, nos devuelve a *En el enjambre*, otra obra ensayística del propio Han publicada 9 años atrás desde la salida al mercado de la que estamos comentando. Esto parece validar nuestra opinión sobre la cadencia de la disertación, que va menguando a medida que avanza la exposición.

Llegamos así al décimo y último capítulo de *La crisis de la narración*, en el que Han se dedica a examinar el recorrido que nos ha llevado del *storytelling* al *storyselling*. A este respecto, y, muy acertadamente, bajo nuestra perspectiva, Han escribe sobre cómo las historias ahora son vendidas y utilizadas por y para el único propósito de enriquecer la economía, nunca el espíritu, la cultura, sabiduría ni interioridad de cada quien. De esta manera, escribir o, en su caso, leer, se vuelve un consumo adaptado a los tiempos del capitalismo, que expande sus redes (re)apropiándose de la realidad y, con ello, de nuestro ser, el cual –y muy a nuestro pesar– sigue conformándose en el seno de la misma. En definitiva, ya no vivimos narrando, sino mercantilizando.

Una vez comentado el contenido de la obra, podemos concluir que la obra de Han constituye un ensayo de lectura fácil y adaptada a todos los públicos, estén especializados o no en filosofía. Sin duda, a esto contribuye la traducción de Alberto Ciria, de gran legibilidad y naturalidad, que además se ha asegurado de enfatizar las palabras que el propio Han ha remarcado en el manuscrito original, lo que nos da cuenta de su fiabilidad y cercanía con respecto al mismo. Sin embargo, una responsabilidad que recae en Han es la poca profundidad de su trabajo, en el que además salta desordenadamente de tópico en tópico, sin llegar a reflexionar acerca de ninguno. Es cierto que, para conocer el panorama general del terreno estudiado, la obra es adecuada. No obstante, no debemos engañarnos pensando que en ella encontraremos la panacea filosófica con respecto del capitalismo o que descubriremos nuevos razonamientos con los que combatir o revertir el sistema: muy al contrario, la obra de Han carece de argumentación crítica y se limita a presentar las grandes ideas que ya están contenidas en la historia de la filosofía.

De este modo, Han cae en la misma problemática que denuncia a lo largo de la obra, consistente en hacer un *storytelling* de la filosofía. Esto lleva a que haya un desequilibrio entre el intento de acercar la filosofía al público y su correlativa simplificación, que acaba por dañar la rama de conocimiento. Paradójicamente, los escritos contra el consumo de productos culturales que conforman la obra de Byung-Chul Han lo han llevado a ser un autor “superventas”, así como a volverse un paradigma en la divulgación de una información superficial que no cumple las expectativas de ahondar en las grandes cuestiones que se plantean en un inicio. Sin embargo, si llevamos a la práctica sus ideas y tratamos de buscar ese nuevo comienzo –narrativo– del que Han nos habla, tendremos que convertir la narración en algo atractivo en sí mismo, sin que sea un producto más adaptado a la inmediatez de los tiempos, lo que no deja de ser un arma que exhibe el olvido del ser.